ha hecho el sacerdote, todo, mediante el prestigio y la eficacia de su apostolado, de sus virtudes y de su santidad que son la condición necesaria de su divina misión en el mundo. Si la humana debilidad, ó las seducciones de la malicia hacen surgir algun punto oscuro entre los resplandores de la historia del sacerdocio, esa excepción, por mas censurable y odiosa que sea en si misma, sirve allí de contraste y realza la hermosura general del cuadro.

Nuestra mejor defensa y la gloria legítima del sacerdote católico, estriba en esas obras excelentes y en nuestra conducta personal. La mas firme y necesaria base de nuestro prestígio y pública estimación ha de ser Venerables Hermanos Nuestros, la vida irreprensible y santa, junto con el testimonio evidente de nuestro esfuerzo en la incesante labor de enseñar al pueblo. Este ha sido el pedestal sobre el que se ha glorificado en todos tiempos el sacerdocio católico, obteniendo la adhesión entusiasta y firme de los cristianos, que han puesto siempre é incondicionalmente su amor y toda su confianza en los sacerdotes que á su laboriosidad han unido la práctica de las mas eximias virtudes.

La naturaleza de nuestro ministerio exige de nosotros en todo tiempo una inocencia y pureza de vida que sea como la expresión y la imágen de la ley cristiana, haciendonos ejemplares y tipos de su observancia segun la idea del apòstol San Pablo. En virtud de ello, la Iglesia por voluntad é institución divina, reclama para el ejercicio del ministerio santo el resplandor de una virtud que sea «*totius forma justitae*» y cierra inexorablemente las puertas del santuario á los que no traen de ello un testimonio público; porque los ministros de la Iglesia dice ella «*fide et opere debere esse perfectos.*» Mas en los

tiempos tan malos como los actuales no se os oculta, Venerables Hermanos, la urgencia de ésta necesidad y la estrechez de éste deber, no ya solo por la eficacia que reclama nuestro ministerio que debe ser de superior energía, y por las virtudes de suprema fortaleza y ardor apostólico que necesitamos en el combate, sino porque estamos siendo espectáculo y objeto de enconadas censuras á enemigos implacables que nos han tomado por blanco de su pérfida maledicencia para escándalo y ruina de los fieles que nos están encomendados.

Si nos calumnian á pesar de nuestra inocencia ¿qué partido no sacarán de los vicios y pecados ciertos de un sacerdote, contra el crédito y el prestigio de la Iglesia y para desedificaciòn y avasallamiento de las almas? Grandísimo es à no dudarlo, el regocijo que un sacerdote malo produciría á los impios y la vergüenza y deshonor que causaría á la Iglesia, manchando su faz divina con el lodo de su infame nombre y de sus hediondos vicios. Hace más mal en el seno de la sociedad cristiana uno solo de esos desdichados ministros de la religión, que mil pecadores desenfrenados, escandalosos y sacrílegos; y el dolor y aflicción que ocasiona á la Iglesia solo es comparable á los dulcísimos consuelos que siente con el espectáculo angélico de los sacerdotes sin tacha, que participan de su espíritu y viven con ella una vida de sacrificio, consagrada á la gloria de Dios y salud de las almas.

Conocido de todos es, Venerables Hermanos Nuestros, que no es virtuosa y buena la vida con solo evitar el mal; sino que será mala y reprobable, si además no hacemos el bien que debemos, y Dios se conducirá lo mismo con los que hacen la iniquidad y con los que faltan á

sus deberes: Y ¿qué mayor pecado, que consentir en los males que se siguen, tan grandes, que de faltar nosotros à las obligaciones de nuestro ministerio? Y cuándo como hoy es apremiante y urgente el ejercicio solícito y constante de los oficios á que nos debemos por entero. La santa Iglesia desde su augusta Cabeza hasta el último de sus miembros, está gimiendo entre angustias y dolores, bajo la cruel opresión de sus enemigos, y con la pesadumbre de los males sin cuento que amenazan asolar el Reino de Jesucristo en la tierra, y ella lucha denodadamente en este combate á que se la obliga guiada únicamente con el saludable fín de iibrar á sus hijos de la peste mortífera que los rodea y atraer á los que arrastrados por el error y la corrupciòn le han sido arrebatados. Ahora bien, en medio de estas aflicciones de Nuestra Madre y de la solicitud general que en ella se despierta oponiendo constantemente el oportùno remedio à tan grandes necesidades, ¿cómo es posible que alguno de sus sacerdotes pudiera permanecer ocioso con evidente detrimento de lo que constituye el objeto de sus más sagrados deberes? digno de justa censura sería; y teniendo á su cargo la cura de almas, terrible serà su suerte ante el tribunal de Dios si las fuerzas, el tiempo y el talento que ha de dedicar completamente al conveniente desempeño de su ministerio, los distrae en inútiles pasatiempos ó los profana en negocios terrenos y caducos, porque hallará seguramente en Dios un juez más riguroso que los demas hombres, la cuenta que se le pida será mucho más estrecha y la sentencia consiguiente será inexorable.

Necesario es por consiguiente, Venerables Hermanos Nuestros, que nos dediquemos con todo empeño y asiduidad al cumplimiento, de lo que exige nuestro santo ministerio, respondiendo con ello á lo que de nosotros reclama la necesidad urgente de los presentes tiempos y el inminente peligro que con la pérdida de la fé, corre la salvación de la almas encomendadas á nuestra solicitud y cuidado.

Así nos lo ordena el Vicario de Jesucristo al señalarnos los medios que para tal fín hemos de emplear, así tambien lo demanda nuestro honor y nuestras propias conveniencias. Desde el momento en que nuestro nombre fué inscrito en la bandera de los ejércitos de Jesucristo no podremos huir del combate sin oprobio, ni permanecer inactivos sin exponernos á ser vencidos y á perecer juntamente con los fieles, pero con mucha mayor desgracia que ellos, pues que al ocupar el puesto de honor que en nuestra ordenación se nos determinó como centinelas avanzados en las huestes de Jesucristo nos constituimos en algun modo responsables de su condenación ó salvación; nunca con mayor necesidad que ahora fué precisa la solicitud y celo del Sacerdote ante el amenazador peligro de la perdición de las almas redimidas á costa del infiníto precio de la sangre del Cordero sin mancilla, en las que ya la fé enflaquece por desconocer las verdades en que se funda y estriba dejándose arrastrar con facilidad suma por los constantes golpes de la seducción.

Terminamos estas consideraciones, Venerables Hermanos Nuestros, recomendándoos con la mayor vehemencia de Nuestra solicitud Pastoral y en cumplimiento de lo que se nos prescribe por el Soberano Pontífice, llevéis à la práctica en vuestras respectivas parroquias, lo que para remedio de los males que nos afligen y contristan sobremanera, preceptua Nuestro

Santísimo Padre en la Encíclica que os damos á conocer, procurando adaptarse en todo á las reglas que en ella determina; os encargamos por fin, Nos déis cuenta de los trabajos que para llevarlo á efecto emprendáis, prometiéndoos nuestra decidida cooperación y ayuda para obviar las dificultades que se os pudieran presentar.

Recibid en prenda del amor que os profesamos la bendición Episcopal en el nombre del Padre y del Hijo y del Espìritu Santo.

Dada en Nuestra Casa Episcopal de Huajuápam á 29 de Junio, Festividad de San Pedro y San Pablo, segundo aniversario de Nuestra Consagración Episcopal, año de 1905.

† *Rafael*
Obispo de Huajuápam.

Por mandado de S. S. I.
el Obispo mi Señor,
Guillermo L. Garcia.
SRIO.

00